



# ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS  
FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS  
DE BUENOS AIRES

---

LA ACTUALIDAD POLÍTICA Y LOS ESTUDIOS DE FILOSOFÍA Y LETRAS<sup>1</sup>

RODOLFO RIVAROLA

---

*Al Dr. Norberto Piñero,  
Grande espíritu universitario,  
precursor de la Facultad de Filosofía y Letras.*

Señores:

---

<sup>1</sup> Publicado en Rodolfo Rivarola: *Escritos Filosóficos*, Instituto de Filosofía, Universidad Nacional de Buenos Aires, pp. 250-268, 1945.

1. Toda tribuna espera una palabra. Toda función pública impone el deber de hacer algo para el bien de los demás. En este sentido la palabra es también acción, y es por esto deber. Unos tienen por acción el cuidar las armas y las naves; otros, el arar la tierra, el sembrarla y el cosechar sus frutos; otros más, el transportarlos y negociarlos, y otros todavía, el mantener el orden y la justicia en la sociedad, para que las armas no se muevan sino por la justicia y el orden; para que el trabajo de cada cual le asegure el pan de cada día, el techo y el abrigo, el hogar y el amor de la familia, y la alegría en las almas, que es como el sol en los jardines y en los campos. Los que hemos aceptado misión de enseñar, no podemos excusarnos de educar. El labrador ara la tierra y en la tierra arada arroja la semilla. Todos los maestros tenemos el deber de arar en las conciencias, y arrojar en ellas las palabras, la semilla del verbo que hayamos logrado formar en la nuestra. Al aceptar la cátedra, hemos realizado un contrato con la sociedad en que vivimos, que nos impone obligaciones exigibles material y moralmente. Ofrecemos en venta y nos obligamos a entregar semilla de ideas, fresca y sana. Nuestras palabras no deben ser como cáscaras vacías y granos secos: cada una debe traer en sí misma, como el misterio vital del grano de trigo, la vida de un pensamiento. La palabra no es una música, y menos un ruido: defendámonos del encanto de hablar, si alguna vez nos suena bien en el oído; defendámonos de la frase hueca, que se hincha, como si germinase, y olvida que el pensamiento no es ruido ni sonido, sino que es energía cerebral, como la vida que está en la simiente; y así como ésta germina en la tierra y sale afuera en hojas y tallo, "si prende", esta vida del cerebro germinará en nuestra conciencia y en la ajena, "si prende", por la palabra como ésta germina en la tierra y sale afuera en hojas y tallo, "si prende", esta vida del cerebro germinará en nuestra conciencia y en la ajena, "si prende", por la palabra.

2. No diré para justificar la mía en esta ocasión. Me tiene aquí, en el minuto actual, la convicción de un deber, y ella es mi escudo.

Pero he aquí que mi reflexión formula esta pregunta: ¿por qué tengo esta convicción? ¿No estaré equivocado, y no será un deber el silencio? ¿No callan acaso otros hombres, de acción fecunda y proficua? ¿No hablan ante el mundo unos jefes de Estado o de gobierno, y no callan otros? ¿No abren solemnemente el año universitario, -para hablar de lo nuestro profesional- unos rectores, y no se guardan los otros para la juiciosa labor de su despacho?

A tales interrogantes sólo encuentro una respuesta: cada cual obra según la propia conciencia de su deber; cada cual adopta para el buen fin que se propone los medios que entiende mejores: una palabra íntima y a solas que convierta a un hombre en una fuerza, o un discurso al viento, para que el viento lo lleve tan lejos como pueda, y tan ineficaz como sea. Yo hago el discurso.

No es esta respuesta, mera complacencia; presume, más bien, de filosófica duda. Agregó, para concluir, sin caer en cavilación, que no entiendo hablar porque la circunstancia lo exija: ninguna resolución de la Facultad me ha impuesto abrir este año escolar con una solemnidad. Elijo la ocasión para decir, cuanto y en la medida que ella misma lo permita.

3. Una filosofía, una creencia si se quiere, que confesé en lecturas públicas dos años ha, en esta misma aula, me dio profunda sensación de que nada está aislado en el universo, de que una íntima dependencia de todo lo que llamamos materia y espíritu, aun sin intención de dualismo, rige de tal modo la totalidad, que nada se concibe solo y nada fuera de alguna relación con otra cosa<sup>2</sup>. Por este camino hallé la explicación de la función directiva que necesariamente incumbe a la universidad en la sociedad moderna. Por ella debo explicarme y decir de qué manera un instituto destinado a mantener y estimular la aplicación del pensamiento a la filosofía, a la historia y a las letras, tiene función universitaria y por ella función social. Mi pretensión es, sin duda, excesiva. El término *función*, implica la idea de una actividad, de algo en movimiento, y de relación con otra actividad, efecto a su turno y causa de nuevos efectos. En esta aplicación a observar relaciones de fenómenos, o aquel a quien se explican, los ha visto ya y no necesita que se los cuenten, o no ha alcanzado a verlos, y será inútil que se los digan. En tal sentido la tarea está de más, y renuncio a acometerla. Mas, dirigiéndome a los jóvenes, que no hubieren recibido aún la estimulante lección de la experiencia, haré obra que me incumbe si, en primer lugar, con referencia a la filosofía, advierto cuan estéril ha sido el *cientismo*, o empeño de resolverlo todo por el solo conocimiento de las cosas, y cuando más de las relaciones entre las cosas, sin detenerse a considerar la que el espíritu guarda con las cosas mismas, comenzando por la aspiración a comprender la naturaleza del espíritu, como nos empeñamos en comprender la naturaleza de las cosas. Otros se explicarán (yo no puedo explicármelo) por qué en la estimación de todas las cosas tendrán preferencia las que se refieren a la mejor manera de cuidar y conducir el ganado, sobre las que se preocupan en saber cómo se conducirán los pueblos. Y si medito sobre cuál sea la fundamental diferencia entre aquéllos y éstos, la encuentro en que los ganados no tienen pretensión de conducirse por sí mismos, -por lo menos no la han formulado teóricamente, mientras la teoría de que los pueblos deban conducirse por sí mismos está formulada como doctrina, opuesta al hecho de los pueblos conducidos por monarcas o caudillos, por parlamentos o comités.

Y bien; concederéis que merece mejor estimación la conducción de pueblos por sí o por otros, que la de ganados, ante la única reflexión de que aquéllos no aprovecharían de éstos en la medida en que lo necesitan, si no fuesen gobernados por sí o por otros. De esta manera pasaría en revista cuantos conocimientos y enseñanzas se adornan con el título de *ciencia* o de *ciencias*, y demostraría que ninguna podría ser ni decirse superior a la política.

4. Creísteis, tal vez, que nombraría a la filosofía, y he nombrado a la política; -con lo cual está dicho que excluyo a los filósofos del gobierno de la sociedad, a diferencia de otros que los recomendaron para tal empleo. Pero a la vez, como no podríais concebir al orador sin pensamiento, sin palabra, sin voz y aun sin gesto, no es posible concebir al político, sin filosofía. La ciencia del gobierno está en el conocimiento de lo humano, de todo lo humano. No está en el derecho constitucional, ni en el administrativo, ni en la economía

---

<sup>2</sup> *Universidad Social. Teoría de la Universidad moderna*, Juan Roldán, Editor.

política, ni en los negocios, ni en la banca, ni en la sugestión individual como poder de mover a las gentes: todo ello es indispensable o útil, según su importancia, como lo son el tintero, la pluma y el papel para escribir; pero con todo ello, el gobernante tendría solamente posesión de formas externas, también indispensables, ineludibles, pero insuficientes. La suprema dirección, el gobierno, es una altura, una cumbre elevadísima, desde la cual podrá verse mucho y a gran distancia; mas para ver, no basta la altura: se ha menester de la vista, y si no basta la natural, del auxilio del telescopio. Comparo todos los conocimientos parciales que requieren la política y el gobierno, con el material, base y cuerpo de la altura; la filosofía, siempre conocimiento de lo humano, dará la vista o será el telescopio.

En este lenguaje aparece mi razonamiento limitado al caso del gobernante como conductor de su pueblo. Pero las ideas de gobierno pujan en los de nuestra raza por cambiar de posición: no entendemos en teoría que los pueblos deban ser conducidos, sino que deben conducirse por sí mismos; protestamos contra regímenes o ideas políticas tutoriales, y queremos y pedimos autogobierno, no de localidades ni de individuos, sino del pueblo. Queremos más aún: que los gobernantes no sean otra cosa más que ejecutores de una voluntad común, o como se llama, popular.

Admira que puesta la cuestión en tal extremo, pueda esquivarse el problema que en ella va implicado, de lo que sean la voluntad individual y la voluntad común o colectiva, de lo que sean la voluntad educada y la no educada, consciente o inconsciente, ilustrada o no, instintiva o reflexiva; o sea si la aspiración republicana o la democrática dependen o no de condiciones de cultura y esta última de circunstancias económicas, y recíprocamente, las económicas, del grado de educación, general y superior.

5. Equivocaríase gravemente quien supusiera, en esto que voy diciendo, que intentara cambiar el título de esta institución por el de Escuela de Política. Dije que se equivocaría gravemente... y dudo ahora de mi afirmación: tal vez acertaría. Ved en mi vacilación una prueba de que la reflexión sobre las cosas y el anhelo de verlas mejor nos hace rectificar impresiones y juicios. Todo estaría en el concepto que atribuyéramos al término política. Si la entendéis como el afán de captar empleos y puestos de la administración, prometiéndoles de buena fe desempeñarlos mejor que quienes los retienen; si entendéis la camaradería en que tantas veces degenera la natural asociación de hombres que la política exige; si entendéis vocingleras declamaciones de oradores populares y periódicos de provincia; si entendéis la incitación al odio mediante lenguaje de injurias, nada de eso es política; es, por el contrario, prueba de carencia de política, testimonio" de una democracia incipiente y grosera, que inspira por igual el temor de la autocracia y de la anarquía. La política es cosa muy distinta: es ciencia de fines y de medios de vida nacional y humana. La determinación del fin es lo esencial. Bebemos saber hacia dónde vamos, mejor aún, a dónde queremos ir. Como quiera que las determinaciones de nuestra voluntad sean o no libres, no podemos negar que cada día la usamos varias veces como si realmente fuese libre. Tomo la cuestión en el supuesto de la posibilidad de obrar en determinados sentidos, porque la experiencia me acredita que todos podemos, más aún,

que todos estamos obligados, en cada momento de nuestra actividad, a una opción, como si dijéramos que estamos entregados al fatalismo de usar de nuestra libertad. Esta opción reclama alguna razón de optar: no es una opción instintiva, sino racional y previsor, la que reclama la política. En el proceso intelectual de la opción consciente, racional y nada emocional, cuando en realidad sea emocional y subconsciente, sepamos, por lo menos, si a diversidad de condiciones, de ideas y de ilusiones, corresponderá una diversa labor subconsciente, y juzguemos los diversos resultados en vista de la diversidad de factores. Determinada la opción por factores que estén fuera o debajo de la conciencia, o por factores racionales, el hecho es que ciertas organizaciones políticas corresponden con ciertas tendencias y creencias filosóficas o religiosas, y con fines reconocidos como superiores. Es para muchos convicción que la tragedia, a la cual asistimos con dolor, la más terrible que registra la historia, es en el fondo lucha entre dos filosofías: una individualista y humanitaria, la otra estatista e imperialista. Por lo menos, los pueblos más directamente comprometidos en ella, profesaban unos dogmáticamente el culto de la libertad, otros el de la autoridad y la organización; y si de un lado la monarquía de mayor extensión y población corre aliada con las naciones liberales<sup>3</sup>, del otro, la mayor de las repúblicas habidas hasta hoy, ha sido conducida por sus ideas de libertad y humanidad al borde de la guerra... ¿Elegiremos como fin o ideal de nuestra sociedad, la más amplia libertad individual o la más sólida organización autoritaria ? Más aún, ¿tendrán por sí mismas la libertad o la organización, valor de fines a realizar, o la finalidad estará más allá, y una y otra serán solamente medios posibles de alcanzarla?

6. Me detengo ante los problemas pertinaces en la conciencia de tanta parte de la humanidad. No es ésta una disquisición de metafísica, ni la metafísica es toda la filosofía. Bastan los problemas de hoy y de un destino inmediato para imponernos hondas preocupaciones; basta el problema universal, de un mundo en cataclismo, para una opción urgente sin ser irreflexiva; bastan los problemas nacionales, los propios problemas argentinos, para que nos dividamos en dos "bandos, si es menester dividirnos más de lo que estamos: el de quienes confían en el instinto y en la adivinación, y el de quienes creen indispensable, absolutamente indispensable, la más extendida y más intensa preocupación filosófica para que pueda realizarse la aspiración republicana, el gobierno del pueblo por el pueblo, para el mayor bienestar de cada individuo.

No es, señores ¡por Dios! no es que quiera un pueblo de filósofos, que vivan en lo trascendental. Ni entiendo por filosofía lo trascendental o extrahumano. Entiendo aquí lo más humano posible; pero lo humano es lo social; esto último, una manera de estar reunidos los hombres bajo la misma ley; la ley, una expresión de la justicia; la justicia, un asunto del derecho y de la moral; lo justo, un concepto de precisión en la medida; la observación y la experimentación de la medida, función de crítica; esta última, asunto de la lógica; y suma y sigue. Lo humano está pegado a la tierra; esta última tiene un sentido

---

<sup>3</sup> En el momento presente, Rusia ha repudiado la monarquía.

de dirección determinado por su posición en el sistema solar; lo humano se adapta a lo físico, y lo adopta para su vida... Se comprenderá qué valor puede tener en la vida política, la información, siquiera mínima, de biología, psicología, lógica, moral, sociología, historia de la filosofía, ciencia de la educación, historia, geografía física, geografía humana, arqueología, literatura, -¡ producto por excelencia del espíritu humano!... para decirnos dónde iremos o hacia dónde vamos, se impone saber de dónde venimos y quiénes somos. De los datos concretos de experiencia, de que podamos disponer, inducimos una idea que es una aspiración más amplia a saber más; y esto nos da un método para bajar nuevamente a lo concreto. No vagamos en las nubes de las abstracciones metafísicas, cuando la crítica filosófica nos llena nuevamente a lo concreto y a la raíz nacional y a la raíz y formación de las agrupaciones sociales. ¿Queréis una prueba de lo que digo? Es así cómo esta Facultad comenzó, en tiempo que parece lejano, por colocar su estudio y enseñanza de la psicología en la corriente impuesta por los métodos de esta ciencia particular y concreta; y cómo creó bajo la dirección del doctor Horacio G. Pinero el laboratorio de experimentación. Es así cómo tiene un rico museo de etnografía, propio, formado aquí, el día que un decano, el doctor Norberto Piñero, pensó en crearlo y buscó y trajo a la Facultad al hombre capaz de ejecutar el pensamiento: el doctor Juan B. Anibrosetti<sup>4</sup>. Las 23.000 piezas acumuladas y catalogadas son un material importante para la educación general, un tesoro de cultura. Lo que estoy diciendo ahora, será para muchos una revelación. Todos los días comprobamos estas revelaciones<sup>5</sup>.

La historia nacional corría autorizada por la labor abnegada de hombres eminentes que no dispusieron de materiales bastantes para escribirla. Hace años que la Facultad vio la necesidad de comprobar y en su caso rectificar la historia en parte real, en parte imaginada, de los orígenes argentinos. Correspondió a otro decano el empeño de orientar las investigaciones históricas hacia las fuentes originarias de los archivos públicos y privados : tal fue la labor del doctor Matienzo, completada luego por la acertada elección que hizo el ya nombrado doctor Norberto Piñero, al poner las investigaciones y publicaciones históricas a cargo del doctor Luis M. Torres. Es de notoriedad, dentro y fuera del país, la labor realizada por la sección de investigaciones y publicaciones históricas en la cual el Director ha contado con la colaboración eficaz de los señores Ravnani, Carbia y Molinari.

¿Será todo esto, y serán los cursos de filosofía, de historia y de letras, motivo de recreaciones del espíritu, o acaso pretexto para exigir tarea mayor a los alumnos atraídos aquí por la esperanza de un diploma del profesorado?

No; y permitidme que insista en el tema, convencido cada día más de estas dos cosas: de la función social de la Universidad, y de la misión política de la Facultad de Filosofía y Letras, desde la Universidad. No os alarméis por esta pretensión: tened paciencia y escuchadme aún.

---

<sup>4</sup> En el momento de imprimirse estas páginas la muerte ha arrebatado en la plenitud de la vida la existencia del infatigable investigador.

<sup>5</sup> Repetidas exploraciones del Doctor Salvador Debenedetti han aumentado en estos últimos tiempos el catálogo del Museo.

7. Por tres caminos tiene la Facultad de Filosofía y Letras misión política:

Primero, en cuanto cultiva el conocimiento de aquello que hay de más humano: las manifestaciones del espíritu, del sentir, del querer, del pensar; de lo más genuino e inmediato de la acción y de la totalidad de la acción, que es la historia, en sí misma, con sus ciencias auxiliares, y con sus conclusiones y generalizaciones en la sociología; de la más exigente para el conocimiento del pensar, el pensamiento en su preparación, en su función y en sus productos de mayor espontaneidad, en la literatura.

Segundo, en cuanto prepara profesionalmente para la segunda enseñanza, y tiene en sus aulas asidua concurrencia de maestras y maestros en ejercicio, y en "busca, más que de un diploma, de ampliar el estrecho horizonte de la rutina adquirida en el trabajo de enseñar, subiendo un poco para ver algo que esté más lejos que los métodos pedagógicos.

Tercero, por último, —y habría aún más que decir, -como cátedra abierta al público, para curiosidad, incitación y estímulo en el mejoramiento de una cultura superior, como lo hacen por su lado, el libro, la revista, el diario, el teatro, -única institución universitaria la nuestra que puede hacerlo más libremente que las otras, sin perturbar el rigor de sus estudios, contacto más inmediato de la universidad con la sociedad.

8. En la primera de las direcciones que señalo, esto es, en el cultivo de las ciencias más humanas, los cursos de la Facultad debieran atraer, más de lo que hasta ahora ocurre, la atención de los jóvenes que sientan añílelos de cooperar en esta obra constante de un pueblo, que se llama su gobierno. Por cooperar no entiendo ocupar un puesto o tener un empleo, sino contribuir con el pensamiento, la palabra y la pluma a formar lo que llamamos el ambiente político en que el gobierno deberá realizarse. Tampoco significa ponerse del lado de los que mandan, hallarles siempre razón, alabarles y divinizarles, como suele ocurrir a las gacetas oficiales. Sé yo que estas salvedades me exponen a la crítica, y vosotros sabéis que la ambigüedad de los términos las exigen para evitar equívocos. El sentido preciso de mi pensamiento sólo puede hallarse si se recuerda el punto en que apoya mi convicción: el gobierno de un pueblo reclama la mayor suma de ilustración, de ciencia, de educación mental, y todo ello requiere preparación, así en quien gobierna como en el pueblo mismo. La ventaja que en este sentido puede encontrarse en el monarca hereditario sobre el presidente o el monarca electivo o elegido, está en haber recibido el primero, y desde niño, educación adecuada a la ocupación de su vida. Víctor Manuel de Italia, Alfonso de España, Guillermo de Alemania, cuentan con tal adhesión personal de sus pueblos, que es difícil hallar en presidentes de república. La ventaja de la monarquía sobre la república, en cuanto forma de gobierno que asegure el orden y la justicia en el interior y la defensa contra los enemigos exteriores, está en la cultura política que, teniendo al monarca como centro de intensidad, se expande en una clase social directiva de intereses y necesidades comunes. El peligro que intentamos evitar con la forma republicana representativa es el de que esa clase atienda, más que al bien común, a estrechas sugerencias egoístas, de exclusivo beneficio personal. De ahí ha nacido la

aplicación del gobierno representativo dentro de la monarquía, y la posibilidad en ella de gobiernos tan liberales y más de los que ha permitido la república.

El peligro de la república ha sido, en cambio, el de entregar el destino común a la inspiración de simpatías populares, que pueden favorecer a quienes carecen de educación personal suficiente, para el gobierno, peligro más grave aún cuanto más se inclina la forma republicana representativa a la democrática, en este sentido de la voluntad popular que se entregue, más que a una organización deliberada, a la obediencia o sumisión a un nombre. Por dos motivos igualmente graves exige la forma republicana ilustración más difundida y más intensa: más difundida, para que el mayor número de ciudadanos se encuentren capacitados para juzgar mejor de las aptitudes de aquellos en cuyo favor deben dar su voto; y más intensa, para que sea mayor cada vez el número de aquellos que estén en condición de ser elegidos.

9. Incurriría en falta de sinceridad y de franqueza si, dirigiendo mis razonamientos con estos términos generales, no expresara la referencia que pueden tener a los hechos políticos de más directa e inmediata observación. No debo temer como un peligro el aproximar la cátedra filosófica a la realidad social que la circunda. No teme el anatomista aproximarse al cadáver, ni teme el médico el contacto con el enfermo, ni tendría yo por qué renunciar al ejemplo o al caso que cita el jurisconsulto cuando trata de doctrina jurídica. Recojo, así, como de un consenso general, y diría de una opinión ya uniforme, el de sentirse en nuestra vida política carencia de hombres aptos para las más altas funciones de gobierno, en las diferentes ramas en que éste se halla dividido. Tal opinión puede del mismo modo recogerse de labios de un presidente o de un modesto observador desde el pueblo; lo mismo de un ministro que apenas disimule su opinión respecto de sus colegas, que de un diputado o senador que no la disimule respecto de los suyos, o de un miembro de la magistratura que ve la paja en el ojo ajeno y no la advierte en el propio. Repetir, pues, que no hay suficiente número de personas capaces de gobernar no es negar que las haya y no es sino repetir una verdad o un error común que valga por ella.

10. Si del concepto más limitado de gobierno, pasamos al de formación de la opinión pública, mediante el más poderoso instrumento de la época moderna, la prensa, pregúntese dónde están y quiénes son los periodistas, cómo se llaman, qué autoridad tienen, qué fe crédito merecen. Hay sin duda diarios bajo direcciones que han seguido la evolución de la prensa universal, y que la han aventajado. Pero el director de un periódico no es periodista en el sentido en que aquí he usado el término. Para aclarar toda dificultad me "bastaría preguntar reservadamente a un director si en realidad cuenta con escritores de peso y respeto, y si el anónimo usual, antes que función de impersonalidad, no presta también el servicio de disimular la falta de aquellas cualidades personales que se impondrían a la opinión. Sólo así me explico que, siendo tan importante como es en toda república la idea de responsabilidad, es decir, que sobre todo acto y toda opinión debe estar quien inmediatamente soporte sus consecuencias, el sentido de la responsabilidad



se limite y concentre ante el público en la persona única del director, eludiéndose, en mi sentir, la responsabilidad del escritor.

11. Si de la prensa pasamos nuestra vista a las agrupaciones partidistas, a lo que dicen sus programas y declaman sus oradores, es otra verdad de observación inmediata la manifiesta carencia de aquella conciencia política que necesariamente debe acompañarse con la acción; podría- decirse que todo el esfuerzo político se debate lejos del campo de la filosofía, de la historia y de las letras. Tal vez, por ingenua fe en estas inclinaciones de mi espíritu, no he podido convivir con quienes daban mayor parte de su tiempo a la agitación política que a la curiosidad del estudio y a la meditación silenciosa.

Por esta circunstancia, que el más grande de los oradores y de los políticos de la antigua Roma advirtió ya que era un defecto y no una virtud, me encuentro en esta condición de poder opinar sobre estas cosas sin ser sospechado de partidismo. He aquí por qué puedo declarar, como respecto de cualquier otro partido, que estoy fuera del socialismo, tanto como partido político cuanto como doctrina filosófica. No se dirá, pues, que mi palabra es de propaganda socialista si, manteniéndome en la línea de observación imparcial en que me encuentro, repito lo que ya es vulgar, que el núcleo dirigente del partido socialista tiene una filosofía, conoce la historia y la interpreta, y posee formas literarias que satisfacen, en cuanto el lenguaje debe ser expresión del pensamiento y no prestarse a críticas risueñas. Se explica así que rayan captándose la, adhesión de jóvenes inteligentes, que han pasado o no por aulas universitarias, y tienen inclinación a los asuntos públicos cuya exigencia presienten para un futuro inmediato; algunos sin razón egoísta que les determine y ajenos a circunstancias personales que expliquen su inclinación se alistan, como naturalmente, en el partido socialista, en contradicción con cuanto podría suponerseles, por circunstancias de posición, de fortuna, de antecedentes de familia., de educación y ejemplo recibidos en el hogar. El partido socialista profesa lo que se llama "democracia proletaria", términos que habría que considerar con mayor detención antes de admitir como dirección de conducta para la vida política, y saber si realmente puede existir la cosa para bien de la democracia y de los proletarios; profesa un materialismo cerrado, que era mi delicia a los veinte años y que fui perdiendo con el tiempo, hace ya mucho; profesa ciertas cosas que no van bien con sentimientos de nacionalidad y de patria, que antes que destruir conviene rectificar y educar; profesa la destrucción del sentimiento religioso, el odio tal vez a los que tienen religión, aunque atemperándose hoy, por una actitud más clara, contra el poder político de la Iglesia Católica, más que contra una manera de sensibilidad, que cada uno es dueño de tener y en la cual debe el Estado protegerle. En cambio de esto que da que pensar, en cuántas cosas de interés inmediato y de ejecución posible se advierte en la propaganda y en la acción del partido un sentido preciso de las conveniencias públicas en el orden administrativo, económico, educacional y jurídico, de manera que siempre hay algo en sus aspiraciones que puede ser apoyado desde extremos opuestos, y lo fue efectivamente mediante sufragios electorales en proporción que importó un voto de confianza pública.

12. Para los socialistas, lo que no es su partido, es conservador, es capitalista, es burgués. Ofrezco la afirmación al interés intelectual de los jóvenes, hoy indiferentes, que deberán ser socialistas o tendrán que ser conservadores, burgueses o capitalistas.. Esta última palabra podría seducirles, y pondrán cuidado en saber en cuál sentido deberán tomarla. Deberán discernir, si se habilitan por el estudio y la observación, si es verdad o error, inducción positiva o sofisma de generalización, que todo lo que está aparte del socialismo tenga el carácter de uniformidad que éste le atribuye, alejando tal vez, por su dogmatismo, muchas voluntades que podrían concurrir con la suya. Posiblemente la fuerza llamada conservadora ni sabe siquiera que lo es, ni tiene intención de serlo, y en ciertos aspectos ni sabe si tendría esa intención o cualquiera otra. De todos sus lados se puede advertir en ella las más diversas y opuestas opiniones, cuando las opiniones aparecen. Lo mismo que en uno es pacífica, celosa de la calma interna, en otro es conspiradora, revolucionaría, cree en la fuerza y en la sedición. En un extremo es religiosa, en otro simplemente clerical intolerante, en otro indiferente, en otro anticlerical y antirreligiosa. En un aspecto es oficialista, burocrática, desesperada por encontrar empleos para ser mantenida por el Estado, en otro protesta de cargas y gabelas que necesariamente deben crecer a medida que crezca el número de los participantes en la administración pública. Por un lado es nacionalista, tradicionalista, argentinista, criolla, indígena; por otro, cosmopolita, extranjerista, precipitada en declarar cualquiera incapacidad de raza, de la raza de la cual en cualquier momento se enorgullece. Por un lado cree en la democracia analfabeta y le entrega todos los valores morales y materiales, acumulados, a través de errores pasados, y por otro se espanta, con temor aristocrático, de las consecuencias de su propia inacción, inmoralidad o pereza. Por un lado se dice federalista, autonomista, celosa de la organización provincialista; por otro, los provincialistas, de cualquier color político que hayan sido, has clamado y claman por la intervención del gobierno nacional en los asuntos de orden local... El inventario de tantas contradicciones sería aún largo y pesado, y lo dicho hasta aquí sobra como ejemplo.

13. Lo que deberá percibirse desde una posición intelectual más elevada que el alfabeto, es que todas esas maneras de ver y de sentir no caben dentro de la común denominación; de conservatismo, porque hay en ella mucho fermento revolucionario y gran discordancia de emociones e inclinaciones, bajo evidente oposición de ideas. Se ve ya que a la "democracia proletaria" podría sustituirse "democracia social" en el sentido de una sociedad organizada para el gobierno de sí misma; que éste sería el camino que posiblemente conduciría a la república representativa de gobierno parlamentario, que la constitución anunció y que aun no se ha realizado. Para esto, y empleando un lenguaje que conocéis, es menester que la masa popular, la multitud que debe proveer al gobierno de sí misma, pase de la aparente homogeneidad indefinida, incoherente, en que se halla, a la heterogeneidad definida, coherente, que corresponde. En términos más comunes y menos pretenciosos, que la organización electoral responda a la diversidad de intereses morales y económicos; que los hombres se asocien según sus creencias y según sus intereses profesionales, y no según circunscripciones territoriales que poco significan; que se fomente el espíritu de asociación política sobre algo más racional y más claro que el

odio al pasado, la vanidad del presente y la fantasía del porvenir; que eduquemos cada vez más nuestra conciencia en -la armonía de lo contradictorio, que impone la vida en común, por severa lección de la experiencia.

14. En todo ello tiene que hacer la filosofía, que es en la política como el sentido de dirección en las palomas viajeras. La sociedad en general y cada individuo en particular, reciben en cada instante beneficios enormes que les proporciona la instrucción superior, universitaria, científica: en la Higiene pública y en la salud del individuo, por la alta e intensa cultura de la Facultad de Ciencias Médicas; en todas las aplicaciones que a la misma salud pública, al crecimiento de la riqueza, a la comodidad y bienestar proporciona la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; en el orden y la justicia por lo que hacen las Facultades de Derecho, y así todo lo demás que constituye la colmena universitaria. Pero nada de lo ya establecido se puede mover en la sociedad sino según un criterio de lo bueno, de lo justo o de lo útil; y nada se tiene derecho de conservar si no está permanentemente amparado por la crítica filosófica. Aquello que creéis más justo y mejor asegurado por las leyes y por la sociedad en que vivís, debe reposar sobre la creencia general de justicia que en el instante se tenga; no le basta la opinión de justicia que la apoyara en su origen, o en cualquier otro momento del pasado. Aquello que aparece amparado por la tradición más remota, la propiedad inmueble, está combatido, y hay que saber cómo y hasta dónde el interés privado baste para defenderla contra la invocación del interés público. Las formas rutinarias del impuesto que parecen reposar sobre el principio de quitar al industrial y activo una parte de lo que gana, o al pueblo, pobre y rico, una parte del alimento o del vestido, tienen hoy en contra una filosofía y afirmaciones de experiencia y de experimento que alegan la justicia y la moral del impuesto único, del gravamen sobre la tierra como propiedad común y de la libertad de toda industria, de todo comercio, de toda mejora material, de todo alimento y de todo vestido.

15. Aquello que se diría más alejado de la filosofía, el comercio, por ejemplo, no puede, evidentemente., prescindir de una ética; no se abre un tratado de economía política que no hable de las relaciones con la moral, y la moral del comercio es tema ineludible aun en la Facultad de Ciencias Económicas, como la filosofía del derecho, en la de Derecho; y se reclama una ética médica como se habla de una medicina social... Pero, ¿qué es la moral de que se puede hablar en ciencias económicas? ¿Qué es la filosofía de que se puede hablar en el derecho? ¿Qué son la ética médica y la medicina social si no arrancan de algún conocimiento filosófico de la moral y de la sociedad? Recordad ahora que todo ello se encuentra bajo la responsabilidad del gobierno político o general del país, en su sentido más amplio, en el poder legislativo y en el poder ejecutivo, con las respectivas limitaciones que puedan venir del poder judicial creado por la constitución, pero natural y esencialmente débil fuera del caso particular de agravio a cualquier derecho positivo; recordad a la vez que todos aquellos poderes y la fuerza para imponer y ejecutar una voluntad, proceden de la institución del sufragio universal y libre, fundado a su vez en una

filosofía de origen cristiano, de igualdad, e impuesta a través de siglos por una revolución de costumbres, de instituciones, de ideas.

No quiero citar nombres, ni discutir personas, ni penetrar intenciones, ni juzgar aptitudes. Alejo de mi pensamiento estas imágenes insistentes que se presentan a todo el que escribe en el silencio del gabinete, mientras el escritor maneja su razonamiento con los conceptos y las ideas generales. Mientras se escribe la palabra que se halle más distante de lo individual, parece que las imágenes reducidas de las personas, como sombras, como fotografías escapadas del papel o del cartón, insistieran en ser aludidas y se presentaran, interrogantes, a preguntar si se habla de ellas. Las aparto como obsesiones incómodas, como zumbidos de mosquitos que intentaran interrumpir mi razonamiento, y por esto no acudo a las demostraciones de la historia, y rechazo estas figuras de Moreno, de Belgrano, de Rivadavia, de Vélez, de Alberdi, de Mitre, de Sarmiento, de Avellaneda, y toda otra que pretenda arrastrarme de lo abstracto filosófico a lo concreto, real. Basta para mí filosofía el saber que tenga una correspondencia con la realidad, en cualquiera de sus formas, manifestaciones o fenómenos.

16. Si de los partidos o de la prensa vuelvo a la Universidad, me encuentro con el objeto de mi mayor preocupación, ya expresada en el libro a que antes he aludido, y que no quiero repetir ahora sino en su aforismo final, que lo justifique o lo disculpe: *educar es gobernar*, por donde se ve la participación que en la política general incumbe a las instituciones docentes.

Termino esta parte de mi demostración, no sin que me asalte el grave temor de no haberme explicado bien, y de ser comprendido mal. Repito una vez más que no entiendo que deba entregarse el gobierno, en cualquiera de sus aspectos y manifestaciones, a filósofos, historiadores o literatos por ser tales. Nada está más lejos de mi pensamiento: pretendo únicamente que tenga suficiente noticia de tendencias o ideas filosóficas, de hechos y apreciaciones históricas, y de formas literarias, quien se interese en las cosas de la república y sienta que el deber de ciudadano le lleva a cuidar de ellas.

17. Por esto mi invitación va a los jóvenes a quienes esperan problemas políticos, de aspecto jurídico, social y económico, que exigirán imperiosamente una solución. A ellos les digo que cualquiera que sea la profesión que adopten para satisfacción de propias necesidades, el interés público les re-clamará su parte de pensamiento y de actividad. No me refiero a lo que hoy puede verse como asunto de aquel género, sino en calidad de ejemplo. Mi advertencia y la invitación que la acompaña son del futuro y para el futuro. En diez años más la suerte de la nación argentina habrá cambiado en bien o en mal. La educación posterior a 1880, y sin duda la posterior a 1890, no ha respondido a lo que de ella pudo esperarse. No niego sus progresos en algunos aspectos; no niego la altura que en ellos alcanzamos en la instrucción superior. Pero si hay médicos y cirujanos eximios, si hay abogados hábiles, si hay naturalistas sabios y si hay ingenieros de muchísima ciencia, y en ciertas reparticiones públicas, administradores competentes, ¿por qué decimos que no hay hombres? Y ¿por qué si los hay no los encontramos en la política con la seguridad de

un pensamiento directivo? Impónese la conclusión de que, o no es cierta la falta de hombres que preparen y dirijan la conciencia colectiva para la realización de la república, o algo ha faltado y falta en la preparación para la vida política, y lo que falta es esto: cultura filosófica.